

Cátedra de educación cívica*



La más grande y repetida forma de miseria e infelicidad a que están expuestos los seres humanos consiste en la injusticia, más aún que la desgracia.

Immanuel Kant.

Por Martín Faunes Amigo**

MI PADRE ERA UN TIPO LOCUAZ, nadie que lo conoció podría dudar de eso. Poco dijo sin embargo, sobre los días que pasó en el Estadio Chile. Apenas, que lo habían apresado porque decidió permanecer en su lugar de trabajo a pesar de las amenazas que les ofrecían a los que optaran por no retirarse sin oponer resistencia. Y si lo hizo así, nos dijo, fue porque sintió que ése era su deber, con mayor razón si sus alumnos

habían mayoritariamente decidido quedarse para defender su escuela. Nos contó también algo escalofriante: un oficial nos recibió con un discurso perverso que más o menos decía algo como:

Les habla el comandante a cargo de este recinto para decirles que ustedes están presos porque son enemigos de la patria y no merecen ser llamados chilenos. Y ésta que ven que tenemos

*El protagonista de este testimonio, Gustavo Faunes Huidobro, era un destacado profesor que se desempeñó en varias escuelas normales del país, también en las sedes de La Serena de las universidades de Chile y Técnica del Estado. Fue también Profesor y Vicerrector del Liceo de Hombres de La Serena, y le correspondió ser el último Director de la Escuela Normal Abelardo Núñez.

** Narrador, dramaturgo, profesor y psicólogo social. Estudió ingeniería en la Universidad Técnica del Estado, y también cine y drama en la Pontificia Universidad Católica. Es docente de la Universidad de Santiago. Autor de cuentos y de guiones de cine.



montada, es una ametralladora punto treinta llamada "la sierra de Hitler", porque no mata sino "corta", y se le llama "de Hitler" porque la usaban los nazis para eliminar a sus enemigos judíos y comunistas, y como ustedes son comunistas y es nuestra obligación eliminarlos, les pido por favor que me den un motivo para usarla, aunque sea uno pequeño que me justifique, porque ustedes, infrahumanos, no merecen seguir viviendo en Chile como tampoco en ningún otro lugar del planeta.

Mi viejo, tal vez porque captó el horror de mi madre, no volvió a tocar el tema ni a decirnos nada de lo ocurrido dentro de ese estadio que fue donde lo llevaron junto a los directivos y a los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, a la que estaba relacionada entonces la Escuela Normal José Abelardo Núñez, donde mi padre era el director.

No necesito decir todo lo que quisimos que alguna vez rompiera su silencio, le habría hecho bien no guardarse todas esas cosas que para un antiguo militante radical debieron ser duras si no deseaba sentir las en el corazón. No hablo tanto de lo físico sino más bien al daño que le habían inferido a sus convicciones y a su convencimiento de que contábamos con fuerzas armadas constitucionales y con una tradición republicana y democrática intachable. *¿Cómo iba a haber entonces un golpe?, ¿Qué felón se atrevería darlo?*, así nos decía. En otras palabras, la rectitud obcecada del compás y la escuadra, símbolo de su logia Luz y Esperanza, él la atribuía y la proyectaba también a los ciudadanos del país entero. Ahora que lo veo desde lejos lo puedo entender mejor y hasta me parece hermoso: los que obran con rectitud piensan que todos actuarán con esa misma rectitud, una bella utopía. Y esa rectitud obcecada suya y la cuestión del honor, la atribuía a esos que estaban demostrando con creces no tenerlo. El viejo estaba equivocado, para nuestras fuerzas armadas la escuadra no era significativa, como no lo era el compás, ni el mazo ni el cincel. Para el Ejército símbolos menos constructivos eran los que los regían, el fusil, el corvo, la manopla.

Mi padre se había equivocado y eso lo ponía aún más mal. alguna vez nos contó, entre las pocas cosas que nos dijo, de un débil mental que tenían

botado a la entrada del estadio y que milico que pasaba le propinaba un culatazo. Y nos contó el caso del niño que intentó arrebatarse el fusil a un soldado y había terminado muerto de un disparo junto a la bolsa con que su madre lo había mandado a comprar el pan. Nos contó también que sacaban personas de las graderías y que se escuchaban gritos de terror que venían de los patios y de Víctor Jara tan maltratado. También algo de cómo había logrado salir, pero nada de cómo lo habían tratado, y era evidente que el trato que le habían dado no había sido digno, por eso, entendiéndolo, y por respeto, nadie quiso preguntarle más.

Bastante tiempo después, de paso por Inglaterra donde mi primo Pablo, estudiante de Química Industrial de la UTE por los días del golpe, quien había tenido que partir al exilio y era catedrático de la Universidad de Bradford, me contó que gracias a mi viejo él había logrado salir de aquel maldito infierno. *"Exigió que me soltaran a mí y a varios más, estudiantes de la Universidad Técnica y de la Normal Abelardo Núñez"*. Eso no me pudo parecer más sorprendente.

De vuelta a Chile me atreví a mencionárselo. No fue fácil para nada, pero cuando por fin se decidió a contarlo, empezó su relato preguntándome si recordaba a un teniente o subteniente que bajaba la colina desde el Regimiento de La Serena para hacernos clases de Educación Cívica en ese Liceo que hoy se llama Gregorio Cordovez.

A mí se me vinieron a la cabeza unas clases aburridísimas en que un uniformado, joven entonces, de apellido Manríquez, nos dictaba por las horas de las horas una serie interminable de procedimientos ridículos del tipo "cómo debe izarse correctamente la bandera de la patria". Nosotros, que no podíamos estar menos interesados en esas nobles enseñanzas, pedíamos permiso para ir al baño y ya no volvíamos, ni locos. Permanecíamos escondidos generalmente entre los anaqueles de la biblioteca. Allí, entre lecturas excelentes, podíamos mirar furtivos, cómo la bibliotecaria se acomodaba las medias. Mi papá era el Vicerrector del Liceo de La Serena entonces, y yo alumno de cuarto o quinto de humanidades.





Jaime Soto-Ceura

Y le dije que sí, que lo recordaba perfectamente, y que cómo no iba a recordarlo si sus clases no eran sino especiales sesiones de tortura. “Pues, al tercero o cuarto día de encierro, viéndolo desde un punto más cercano de la gradería, lo reconozco, y me doy cuenta que había sido el del discurso de bienvenida y es quien me parece a cargo del recinto ya que impartía órdenes a diestra y siniestra. Le pedí a un soldado que fuera a decirle que su ex jefe del Liceo de Hombres de La Serena estaba aquí preso con sus alumnos de la Escuela Normal y de la UTE, y que exigía su libertad y la de todos ellos de inmediato. El soldado se quedó mirándome sin saber si tenía que darme un culatazo o si era mejor que le fuera a avisar a su mayor o coronel, que sería entonces. La cosa fue que el tipo optó por el aviso y yo vi cómo se le cuadraba y le indicaba hacia arriba a las graderías al sector donde me encontraba yo con mis alumnos, y donde el ex teniente/profesor intentaba verme. Y no sé si me vio o no, pero me mandó a buscar. Yo le dije a tu primo Pablo y a todos los que estaban ahí conmigo que se mantuvieran en alerta. Bajé entonces, y el tal, ahora mayor o coronel de quien no puedo saber qué grado entonces tendría, pretendió increparme diciéndome, “¿Qué hace aquí usted profesor Faunes?”, y me lo dijo el irrespetuoso como haciéndome ver que me había trastornado. En otras palabras, había querido decirme, “¿Qué hace usted aquí?, ¿Se ha vuelto loco?”. Yo que lo quedé mirando de arriba abajo, le contesté que estaba aquí porque me habían sacado de mi oficina de la Escuela Normal que era mi lugar de trabajo, y que aquí me tenían con mis alumnos porque era su profesor, y que lo mío no era extraño, lo extraño era verlo aquí a él involucrado en un golpe de Estado y en torturas habiendo sido profesor de Educación Cívica... imagínate el hipócrita. “¿Acaso está dictando su cátedra de Educación Cívica?” agregué preguntándole. El tipo se avergonzó, ofreció dejarme en libertad.

“No me muevo de aquí mientras no suelte a todos mis alumnos”, le contesté. Y no quería fíjate. Me dijo: “es que usted no entiende don Gustavo su situación ni la de sus alumnos, se metieron en algo muy grave”. Lo interrumpí violento “yo no tengo nada que entender, me suelta a mí y a mis estudiantes y no hay más”. Y nos soltó, nos fuimos con tu primo Pablo y tu amigo Octavio Araya de los clanes, estudiantes de la UTE, y otros treinta o cuarenta de la Normal Núñez y la Universidad Técnica del Estado, caminando muy dignos hasta la Alameda.

Ahí dimos la vuelta por la esquina y apretamos corriendo hacia el oriente, hasta no sé... la Casa García”¹.

Y ese: “apretamos corriendo”, desusado en su lenguaje, lo dijo con un brillo de niño maldado en los ojos, tal vez el mismo que debía yo emitir cuando me escapaba de las clases de Educación Cívica del teniente a mirarle las piernas a la Blanquita del Fierro, nuestra bibliotecaria, y seguro, igual al que él tendría en aquel día catorce o quince cuando también como un niño, debió correr por Alameda para recobrar su libertad.

Así fue como supimos algo más de lo que había pasado con mi padre. Claro que después el viejo radical y allendista nada más dijo, y qué le hicieron o no le hicieron o si se atrevieron a torturarlo o no, fueron cosas que ya no podremos saber, cómo podríamos si él ya decora el oriente eterno. No obstante, desde esos senderos que no conocemos aún nos ilumina pese a que de manera explícita ya no pueda decirnos nada más. 

¹ La Casa García era una icónica tienda de departamentos, que ocupaba un edificio de cinco pisos ubicado en la esquina de Alameda con Avenida España.

